

Imprimir

La muerte de Jürgen Habermas ha empobrecido tanto a la filosofía como a la izquierda. Su obra se centraba en una profunda crítica de la irracionalidad en todas sus formas. Tomada en serio, su filosofía constituye una guía indispensable en la lucha contra la opresión.

El filósofo Jürgen Habermas, fallecido ayer, se consideró socialista hasta sus últimos días. Reconoció que la izquierda no podía abandonar su visión de la sociedad ideal, aunque a menudo pasó por alto las deficiencias del liberalismo. (Imagen de ullstein vía Getty Images)

Tras más de setenta años dedicados a escribir y reflexionar sobre la democracia, el capitalismo y la posibilidad de una política emancipadora, el filósofo alemán Jürgen Habermas falleció el sábado 14 de marzo a los noventa y seis años. Para toda una generación de teóricos políticos y filósofos, su obra fue un referente fundamental. Autor de más de treinta libros, se interesó por cuestiones esenciales sobre cómo debemos convivir sin dominación ni explotación. Sin embargo, gran parte de su obra permanece hoy poco leída y malinterpretada.

Leí a Habermas cuando tenía unos veinte años y estudiaba administración de políticas en la Universidad de Carleton, en Ottawa. Nunca fui un analista político especialmente atento; prefería dedicar mi tiempo a resolver una crisis existencial interminable provocada por mi vacilante fe católica. Justo después de graduarme de la secundaria, empecé a leer filosofía, sin prestar demasiada atención a su contenido político. Desde el principio, me sentí atraído por los pensadores más reaccionarios. No exagero al decir que absorbí a Carl Schmitt, Friedrich Nietzsche y, sobre todo, a Martin Heidegger como una esponja. Combinaban una intensidad religiosa con una especie de elitismo encubierto. Esto encajaba a la perfección con mi melancolía existencial, alimentada por años de lidiar con clientes exigentes como cajero. Heidegger y compañía me parecieron pensadores visionarios que desafiaban el liberalismo tan educado y canadiense por el que mi país era y es, con razón, conocido. En otro mundo, probablemente me habría quedado con ellos y habría tomado un camino muy siniestro.

Habermas parecería un filósofo improbable para curar a alguien de su atracción por el pensamiento de extrema derecha. Su escritura es cualquier cosa menos visionaria e

impactante. Abandonen toda esperanza de aforismos y reflexiones impactantes como «¡Dios ha muerto!» o «¿Cuál es el significado del Ser?». Quédense para aprender sobre el giro peirceano hacia el pensamiento posmetafísico a través de una transición al pragmatismo y la filosofía del lenguaje ordinario. Nunca he tenido una estimación adecuada de sus capacidades en ningún momento, así que me lancé directamente a lo que todos decían que era el libro más importante y desafiante de Habermas: la *Teoría de la acción comunicativa* en dos volúmenes. Inmediatamente pensé que era la obra teórica más aburrida que jamás había leído. ¿Quién demonios escribió esto? ¿Cuál era el sentido de la interminable divagación sobre Max Weber, Talcott Parsons y prácticamente todos los demás teóricos sociales y sociólogos bajo el sol? ¿Dónde estaba el editor del libro? ¿Por qué Habermas no iba al grano y explicaba por qué las situaciones ideales de comunicación y la comunicación sin distorsiones debían ser la base de una buena sociedad? ¿De qué otra manera podría empezar a enumerar razones “reflexivas” por las que sus rígidos procedimientos democráticos eran una porquería frente al profundo malestar espiritual de la modernidad?

Su escritura dista mucho de ser visionaria e impactante. Olvídense de aforismos y reflexiones apocalípticos como «¡Dios ha muerto!» o «¿Cuál es el sentido del Ser?».

Entonces empecé a comprenderlo. Cuanto más leía el libro, más me impresionaba, aunque a regañadientes, la erudición que demostraba. Claro que era fácil impresionarse así siendo un joven con pretensiones intelectuales. Pero lo que realmente me impactó fue la meticulosidad y la sutileza con que Habermas abordaba cada argumento. Para él era fundamental comprender correctamente a Weber, Parsons, Karl Marx y otros, y situarse en relación con ellos, porque eran grandes maestros y merecían ese respeto. Además, la honestidad teórica exigía reconocer la deuda con ellos, desarrollar sus logros y, a la vez, criticarlos con el fin de perfeccionar el conocimiento.

Por esa misma época, comencé a tomar clases con dos profesores de Carleton que se identificaban profundamente con Marx y Habermas. Ambos ejercieron una enorme influencia formativa en mí y les debo gran parte de lo que soy. Se oponían firmemente a la guerra de Irak y destacaban el incansable activismo de Habermas en su contra. Esto me marcó

profundamente, al igual que la profunda empatía y la falta de elitismo de mis nuevos mentores. Lo que me impactó fue cómo se tomaban las ideas tan en serio como muchos de los filósofos de derecha que leía, pero eran mucho menos propensos a la grandilocuencia especulativa y la autocomplacencia. Inspirados por Habermas, creían que un buen filósofo era aquel que exponía sus argumentos al público lector con la mayor claridad posible y dejaba que la gente decidiera qué era correcto o incorrecto basándose en la solidez de los argumentos. Por supuesto, no eran ingenuos respecto a las múltiples formas en que la comunicación y el diálogo se distorsionaban y manipulaban por los medios de comunicación, la retórica y los apegos irracionales. Pero la solución consistía precisamente en pensar en soluciones a esos problemas, en lugar de atribuirlo simplemente a una bajeza perenne por parte de las masas inauténticas.

Una vida de muchas mentes

Habermas nació en Alemania en 1929. Fue una época trascendental en la historia mundial y alemana, y las conmociones de aquel entonces marcaron para siempre su filosofía. Debido a una ley de 1939 que obligaba a la afiliación, Habermas fue reclutado por las Juventudes Hitlerianas y, siendo adolescente, se vio forzado a participar en el esfuerzo bélico nazi. A partir de entonces, el filósofo hizo referencia a estos acontecimientos formativos. No es exagerado afirmar que toda su obra está motivada por la pasión de proteger a la sociedad contra cualquier impulso autoritario. Habermas estudió filosofía en la década de 1950 y alcanzó la fama en 1953 con una serie de artículos de opinión en los que criticaba a Heidegger y a sus seguidores por no reconocer la cercanía del existencialista al régimen nazi. Este compromiso de por vida con el antifascismo y la desnazificación se convirtió en un pilar fundamental de sus intervenciones públicas en la vida alemana. En 1956, Habermas se unió al Instituto de Investigación Social, que posteriormente se conocería como la Escuela de Frankfurt, y recibió una profunda influencia de Theodor Adorno, Max Horkheimer y otras figuras destacadas de la emergente teoría crítica. Desde ese momento, Habermas se posicionó como un hombre de izquierdas, aunque desconfiaba del extremismo en todas sus variantes.

En 1962, Habermas publicó su primera obra importante, *La transformación estructural de la esfera pública*, inaugurando una tradición de publicar libros densos pero interesantes con títulos deliberadamente aburridos. El núcleo de gran parte del pensamiento posterior de Habermas se encuentra en esta obra temprana, a pesar de su brevedad en comparación con sus obras posteriores. Eminentemente un estudio filosófico de la teoría social, *La transformación estructural* desnaturaliza la idea de la «esfera pública burguesa» al mostrar cómo las cambiantes condiciones materiales permitieron el surgimiento de una nueva clase de intelectuales, filósofos y periodistas, figuras que liderarían la Ilustración y sus revoluciones. Estos fueron rechazados y temidos por conservadores como Edmund Burke por difundir las «tonterías contaminadas de los cafés más licenciosos y frívolos». Habermas pensaba de otra manera. En la esfera pública vio el germen de una vida social organizada democráticamente. En lugar de que las autoridades políticas y religiosas impusieran la verdad ideológica, la moral y las leyes de arriba hacia abajo, estas debían debatirse racionalmente y decidirse de abajo hacia arriba. Esto se convirtió posteriormente en un pilar fundamental de las aspiraciones liberales y socialistas de democracia política y económica.

Desde finales de la década de 1960, Habermas continuó produciendo obras importantes. *Conocimiento e interés humano* representó un avance significativo en su desarrollo intelectual. Inspirándose en Marx, Freud y la tradición idealista alemana, Habermas busca comprender la relación entre lo que sabemos (o creemos saber) y lo que deseamos. A diferencia de su mentor Adorno, Habermas albergaba la esperanza de que fuera posible comprendernos mejor y, por lo tanto, reorientar nuestros intereses de manera más racional. *Crisis de legitimación* también esbozó los fundamentos de la teoría política de Habermas. Examinó cómo se producen diversas crisis en las sociedades capitalistas y abogó por una mayor integración de las distintas esferas de los sistemas con la sociedad civil, de modo que pudieran ser dirigidas por los ciudadanos a quienes estos sistemas gobernaban. Esto incluía la economía y el Estado.

Las décadas de 1980 y 1990 marcaron el apogeo de Habermas. Durante este periodo publicó tres obras monumentales. La más importante fue su obra en dos volúmenes, *Teoría de la acción comunicativa*, que exploraba cómo las fuentes del discurso racional en el mundo de

la vida habían sido colonizadas por sistemas de dominación. Esto socavó nuestra capacidad de organizar la sociedad en beneficio de todos. Mientras desarrollaba su propia filosofía, Habermas también buscó reinterpretar la historia de su disciplina, publicando las polémicas obras *El discurso filosófico de la modernidad* y *Entre hechos y normas*. El primero criticaba duramente a una larga lista de filósofos modernos, desde Georg Wilhelm Friedrich Hegel hasta Nietzsche y Michel Foucault. Inicialmente, los filósofos intentaron fundamentar la razón en diversas teorías sobre cómo el sujeto individual podía adquirir conocimiento racional, pero finalmente se rindieron y adoptaron nuevas formas de irracionalismo de izquierda y derecha que, según Habermas, fomentaban las políticas autoritarias. Sin recursos para elaborar argumentos razonados y lograr que estos prevalecieran, las cuestiones políticas y morales debían resolverse mediante la imposición de la voluntad de autoritarios visionarios sobre las masas o bien renunciando a la idea de construir juntos un mundo compartido.

Entre hechos y normas fue una obra fundamental de la teoría política. En ella, Habermas extendió su énfasis filosófico en la comunicación racional para abogar por el establecimiento de un Estado altamente democrático e igualitario. Aquí, Habermas demostró su vasta capacidad al entablar un diálogo con pensadores analíticos como John Rawls, Ronald Dworkin y otros. Muchos, tanto entonces como ahora (incluyéndome), han criticado su filosofía política por alejarse demasiado de los límites de la teoría crítica y el marxismo. En una caricatura, se percibe un aire casi hiperprofesional; la creencia de que la vida política debería asemejarse a un seminario de posgrado perfecto. Las personas razonables se convencerán mutuamente y el mejor argumento prevalecerá. Esta caracterización es injusta para la riqueza de la postura de Habermas, pero es una acusación que resurge porque encierra cierta verdad.

En la década de 2000, la obra de Habermas se centró cada vez más en la defensa del derecho internacional y el diálogo con diversas tradiciones religiosas. La guerra civil yugoslava y el 11-S le alertaron sobre el poder y el peligro persistentes del nacionalismo y el fundamentalismo religioso, y vio cómo ambos se cristalizaban en la decisión unilateral del gobierno de George W. Bush de impulsar la construcción nacional mesiánica en Irak. Philipp Felsch, en su reciente libro *El filósofo: Habermas y nosotros*, recuerda a los lectores que

Habermas nunca dejó de identificarse como socialista. Pero su socialismo, para la década de 2000, era abiertamente reformista, aunque dispuesto a aprender de la izquierda radical. En colecciones de ensayos como *Occidente dividido*, Habermas veía muchos aspectos positivos en el proyecto de unificación europea, siempre que este avanzara hacia una dirección más democrática y trabajara para el progreso de los estados más pobres.

Habermas nunca dejó de identificarse como socialista. Pero el suyo era un socialismo abiertamente reformista, aunque dispuesto a aprender de la izquierda radical.

En la década de 2010, muchos pensaban que Habermas, ya octogenario, disfrutaría de una merecida jubilación. Se equivocaban. Si en la década de 1990 Habermas se mostró de lo más inofensivo, en la de 2020 se vio envuelto en una sorprendente controversia. Confirmando las peores impresiones que muchos izquierdistas tenían de él, Habermas suavizó sus críticas a Israel durante el conflicto de Gaza y expresó su preocupación por el uso del término «genocidio» para describir lo que estaba sucediendo. Esto dio lugar a un extenso debate en el que fue defendido y criticado por adoptar un tono benevolente hacia Israel que no extendía a países como Estados Unidos, debido, al menos en parte, a un sentimiento de responsabilidad hacia ese país derivado de haber vivido bajo el régimen nazi y haber sido obligado a participar en él.

Esta tardía intervención política reafirmó la postura de los críticos que consideraban que Habermas había abandonado el legado crítico de la Escuela de Frankfurt para convertirse en defensor del statu quo. Curiosamente, esto ocurrió en un momento en que su filosofía recuperaba su radicalidad. En 2019, Habermas publicó lo que solo puede describirse como una segunda obra magna: su trilogía «*También una historia de la filosofía*». Reseñé los volúmenes aquí, y huelga decir que son obras de una erudición y generosidad intelectual asombrosas. «*También una historia de la filosofía*» es una obra gigantesca, tan densa y multifacética que simplemente arrasa con cualquier objeción que se pueda tener sobre uno u otro punto. Pero es más que una simple historia de la filosofía. Lo que queda claro a lo largo de la obra es que el Habermas más optimista de antaño había desaparecido. Si bien solo hace breves referencias a los acontecimientos actuales, Habermas deja claro que su última

gran obra fue un último esfuerzo máximo por recuperar y defender el proyecto racional, progresista e inclusivo de la modernidad frente a un número creciente de poderosos enemigos reaccionarios.

Habermas siempre estuvo dispuesto a dialogar con los demás, intentó invariablemente presentar sus puntos de vista para que el público los evaluara y se esforzó por ser preciso y claro en sus escritos.

Resulta significativo que Marx vuelva a ocupar un lugar importante y positivo en la narrativa de Habermas. Tras haber sido duramente criticado en *El discurso filosófico de la modernidad*, en *También una historia de la filosofía* Marx es elevado a la categoría de figura ilustrada por excelencia, el pensador que, de manera singular, restauró el poder crítico, incluso revolucionario, de la razón. Se vislumbró el regreso del Habermas teórico crítico, ahora considerablemente más pesimista respecto a la capacidad de los procedimientos legales liberales y las ONG internacionales para llevar a cabo la labor de la Ilustración. Ante la creciente manipulación oligárquica y la exacerbada xenofobia, la razón necesita armas más poderosas. Habermas merece ser criticado por muchas cosas. Ya he mencionado su tendencia a mantenerse fiel a los límites radicales de la teoría crítica. Tenía razón al considerar el pesimismo implacable y el carácter puramente «negativo» de la teoría crítica como un callejón sin salida para la izquierda. Era necesario ofrecer algún proyecto positivo. Pero la decisión de Habermas de suavizar su crítica al capitalismo (al menos hasta el final) y su constante tendencia a subestimar y subteorizar el atractivo de la derecha política fueron, en realidad, fallos teóricos. Esto significó que Habermas siempre estuvo demasiado alejado de comprender realmente el atractivo de las doctrinas mitológicas y aristocráticas; el anhelo de elevarse a sí mismo y a su tribu por encima de las masas vulgares. Su filosofía cuenta con pocas herramientas eficaces para responder a estos persistentes anhelos reaccionarios. Además, Habermas tomó muchas decisiones políticas erróneas. La minimización de la guerra entre Israel y Gaza y sus atrocidades contra los derechos humanos es solo uno de tantos ejemplos.

Pero a pesar de todo, Habermas sigue siendo un pensador ineludible de la izquierda. En su

extensa entrevista, " *Las cosas necesitaban mejorar*" , se percibe claramente hasta qué punto Habermas intentó vivir sus valores personalmente. Siempre estuvo dispuesto a dialogar con los demás, procuraba presentar sus ideas para que el público las evaluara y se esforzaba por ser preciso y claro en sus escritos. No se trataba solo de peculiaridades de su personalidad. Habermas comprendía que la labor de un filósofo de izquierda, incluso si aspira a escribir libros de recetas para las tiendas de cocina del futuro, no es ser un profeta visionario ni siquiera la voz de los que no tienen voz. Es hacer lo poco que esté a su alcance para devolverles la voz a los que no la tienen, para que podamos construir juntos un mundo compartido. Que Habermas a veces no estuviera a la altura de este ideal no le habría sorprendido. Era más consciente que la mayoría de las exigencias éticas que este espíritu igualitario y democrático nos impone. Habermas siempre intentó ser el tipo de persona que, en su opinión, debía ser un filósofo. Hasta el final, luchó para que las cosas mejoraran en el ámbito de las ideas.

Matt McManus, profesor adjunto en Spelman College. Es autor de * *The Political Right and Equality** y **The Political Theory of Liberal Socialism**, entre otros libros.

Fuente: Revista Jacobin

Foto tomada de: Revista Jacobin